

Fin de semana trágico en Italia

VEINTITRES asesinatos en tres años no deben ser suficientes para desestabilizar un régimen político y un sistema democrático. Más se producen cada fin de semana en las carreteras de Italia sin que nadie piense en suprimir la fabricación de automóviles. La consideración parece un poco clínica, quizá lo sea; pero no deja de ser realista. El problema que siempre plantean sucesos como los ocurridos el fin de semana en Roma, es el de la posibilidad de su continuación y de su conversión en algo más grave. El domingo, algunos comentaristas italianos decían que la ciudad estaba en plena guerra civil, con barricadas y enfrentamientos entre policías y manifestantes.

Los sucesos comenzaron con el ataque de extremistas de izquierda —se dice que de las Brigadas Rojas (1)— a un local del MSI, causando dos muertos y varios heridos. Las fuerzas atacantes: cinco jóvenes. Esto nos ilustra sobre la fragilidad de la situación: cinco muchachos pueden provocar una situación dramática en la capital de un gran país. En realidad, tampoco se puede decir con justicia que ha sido este el origen de los ataques. En los antecedentes están otros ataques y otros muertos causados por los neofascistas del MSI. Respuestas, venganzas, represalias, son un ciclo cuyo origen se pierde y cuya espiral puede llegar muy alto. La respuesta a esta respuesta no se hizo esperar: el domingo —al día siguiente de los asesinatos— los "misinos" se lanzaron a la calle para vengar a sus camaradas muertos y heridos. Se encontraron con la Fuerza Pública, que disparó a su vez. Comenzó a crecer el número de heridos: afortunadamente, no el de muertos.

(1) Ver en TRIUNFO 780 una información sobre las Brigadas Rojas.

"No es casual —escribe el diario socialista 'Repubblica'— que este clima de terror se intensifique en el momento en que se está delineando una posibilidad de crecimiento y avance democráticos". Y el alcalde de Roma, Argan, elegido por la lista comunista en la que aparecía como independiente: "Los autores son instrumento, posiblemente sin saberlo, de una voluntad perversa que trata de crear un clima de desorden y miedo para alejar a Italia de su camino democrático". Son líneas y palabras que parecen calcadas de otras que leemos y escuchamos en España con desgraciada frecuencia, a cada nuevo suceso sangriento de carácter político.

Pero el clima político en Italia no es tan optimista, ni la democracia tan clara. Está al borde de la crisis gubernamental: la Democracia Cristiana, gastada y cansada por tantos años de Gobierno y por la infiltración, cada vez más multiplicadora, de la corrupción en sus medios de gobierno, no tiene soluciones para el país; los socialistas se han aniquilado por su larga y no fructífera colaboración con aquella derecha; el Partido Comunista ha aumentado en votos, pero no tiene representación gubernamental por miedo a las coacciones externas —golpe de Estado, presión de los Estados Unidos, hostilidad del Mercado Común— y se ha complicado en un pacto de Gobierno que hasta ahora sólo se ha reflejado en el empobrecimiento de la clase obrera, con lo que los sindicatos están movidos a la protesta por los desfavorecidos. Puede haber una huelga general inminente, que se mezclaría a la crisis política. Son esta falta de salidas y esta perversión democrática las que favorecen el clima de violencia. El problema no tiene una solución fácil. ■

Los
ConteM
poRa
nEoS

LA FAMILIA, SOLA

La familia se ha quedado sola. Apenas han terminado de cenar cuando la televisión ya comienza la cuesta arriba del "Telediario". Aburrido, oficioso, lejano, el último "Telediario" del día va repitiendo lo que ya se sabe, lo que no se quiere saber. Luego, el televisor se queda opaco, como una piedra enferma; la familia aún se queda mirando la pantalla apagada un momento más, por inercia, como un poco defraudados. Con Franco, la televisión duraba más. Y la familia estaba más unida. Hablaban de algo que no fueran ellos. La abuela se hacía explicar siempre la trama de la película, que no comprendía; la madre y el padre calculaban la edad de las actrices; los chicos esperaban la pelea en el "saloom"; las chicas la escena de amor, el posible beso. "¡Atiza!", decía el muchacho en un puñetazo. No tenían necesidad de decir muchas cosas. Participaban en un acto en común. Los sociólogos se irritaban porque la televisión no dejaba el coloquio de sobremesa a las familias, la hora del repaso de las actividades de cada día.

Ahora, la familia se descubre a sí misma. Con los ojos de mirar la televisión se miran unos a otros y se encuentran feos y tontos. Y el decorado del hogar es triste, y la pintura del techo está descascarillada. Hacía tiempo que no se veían: de la televisión se iban a la cama. "¡Cómo ha envejecido mamá!", piensa ahora la muchacha al ver el cuerpecillo algo encorvado. Tratan de hablar: no tienen ningún tema en común. Los chicos ocultan sus actividades del día; no han hecho nada malo, pero los hijos siempre ocultan lo que han hecho durante el día a sus padres, porque están seguros de que ellos siempre encontrarán algo reprochable. Los padres les miran siempre con desconfianza. Y se miran entre sí con recelo.

Todos están mirando todavía el ojo cegado del televisor cuando la madre rompe el silencio: "El pescado que os acabáis de comer me ha costado setecientas pesetas". Todos la miran con consternación. El pescado pesa ahora en el estómago con su precio absurdo. Es un reproche para todos el "habérselo comido". La abuela comenta: "Y eso que era congelado". Brillan de furor los ojos de la madre: "Aquí no entra nada congelado. Fresco y muy fresco". "Te habrás engañado", dice el padre en apoyo de su madre. Ya ha entrado la tensión en la familia. Los hijos la notan en seguida. Los jóvenes se electrizan fácilmente. Alguno dice: "Ya empieza el rollo". Otro lo completa con alusión culta al Tío Cebollo. El padre les dice que si ganaran algún dinero y no estuvieran todo el día comiendo, irían mejor las cosas.

Alguien, desesperadamente, oprime el interruptor de la televisión. Por si acaso, por si un milagro. Salen unas rayas blancas y negras y un silbido atroz. Lo contemplan, lo escuchan con interés. Tardan poco en volver en sí, y empieza de nuevo la discusión.

Ah, los buenos tiempos en que la televisión terminaba a las doce, a las doce y media, a la una... No tenían que verse las caras; los padres no veían crecer a sus hijos, el marido no veía la fealdad de su mujer, la mujer no veía la decrepitud del marido, ninguno veía que la abuela se está volviendo tonta, amargada y agria.

Los buenos tiempos en que la televisión entontecía al país... Cuando ya lo ha vuelto tonto del todo, le ha abandonado. Y la familia se ha quedado sola, y agresiva, y destrozada. ■

POZUELO